

PONENCIA

Padre Luigi Bolla y su trabajo misionero de evangelización e inculturación con el Pueblo Achuar



Domingo Bottasso, sdb

En 1875, Don Bosco, desde Valdocco, enviaba a estas tierras de Argentina el primer grupo de misioneros salesianos. Un grupo de jóvenes llenos de entusiasmo, habían sido sus muchachos, crecidos y formados por él en Valdocco. Iban a tierras lejanas, al otro lado del mundo. Aquí quisiera subrayar la motivación para ayudar al progreso de la civilización y la luz del Evangelio. Esa era la mentalidad de ese tiempo. El misionero iba para evangelizar, pero primeramente tenía que civilizar.

Parecía como que era imposible a los pueblos originarios recibir directamente el Evangelio. Primero tenía que ser civilizado para después poder hablarle de Jesús y de su movimiento cristiano. La luz de la civilización y del Evangelio, prácticamente hasta después del Vaticano II, fue la motivación y la tónica prevalente de los misioneros. Llevar la civilización y el Evangelio, como si el Evangelio fuera parte de la civilización como constitucionalmente.

La base de esta convicción era que los demás pueblos necesitaban adquirir y asimilar la cultura occidental, la cual se auto-consideraba como la más alta y la verdaderamente digna de ser plenamente humana. Fueron las ciencias antropológicas y la reflexión teórica subsiguiente al Concilio Vaticano Segundo que desmoronaron esta arraigada convicción, enseñándonos a mirar las diversas culturas bajo una nueva luz. Todas las

culturas son humanamente dignas y válidas, y por eso ninguna puede erguirse como una actitud de superioridad sobre las demás, más bien todas merecen ser valoradas y respetadas. Principalmente los pueblos originarios eran considerados como necesitados de civilizarse. Se iba a ellos con una actitud claramente colonizadora.

El misionero iba a enseñar como dueño de la verdad e inconscientemente con una actitud paternalista, considerándose a sí mismo como dueño del pueblo que iba a evangelizar. Había una actitud como de quien dice: yo sé, yo vengo a enseñarles, ustedes tienen que escuchar y obedecer si quieren salvarse. Era común con esta mentalidad referirse a los pueblos como expresiones como *mis indiecitos*, *mis jibaritos*, *mis pobrecitos*. El sentimiento del evangelizador podía ser bien intencionado y bueno, pero para el destinatario era profundamente humillante e infantilizante. Reducían la figura del misionero más que la figura de un padre al de un patrón o de un tutor que actuaba y decidía autoritariamente con todas las buenas intenciones como si ellos fueran niños. Se tenía presentado que esos pueblos necesitaban de tutoría.

Los gobiernos nacionales encargaban a los misioneros amplias extensiones de sus territorios para que fueran allá a contactar etnias que debían ser civilizadas. A fin de que se integraran poco a poco a la sociedad civil de esas naciones, que recién se estaban consolidando. En algunas ocasiones los misioneros fueron acompañados por los ejércitos, que a veces no se hacían muchos escrúpulos de enfrentar con las armas a los que se resistían y hasta podían llegar a eliminarlos como enemigos del progreso y del adelanto del país.

Esa actitud ha dado como resultado muchos resentimientos, reclamos, rechazos y reivindicaciones, justificadas por actitudes agresivas hacia la obra de cristianización por parte de los pueblos originarios que no solo son marginales, sino que son otros y tienen derecho a una forma de vida diferenciada. Los antropólogos y etnólogos que estudian estos pueblos se interesan por ellos y de su originalidad quisieron mantenerlos a veces como están, pero en todo caso juzgan toda intervención foránea como

una agresión destructora de su integridad y originalidad. Condenan muy fuertemente esta relación de dominio colonizador que es muy negativa e invitan a los misioneros a abandonar su trabajo y su presencia entre los pueblos originarios. Para esta actitud bastaría leer la primera declaración de Barbados en 1971, cuando en esa reunión hicieron una declaración pidiendo a las iglesias no solamente a la iglesia católica sino a todas las iglesias que abandonaran los pueblos indígenas y les dejaran la libertad de su futuro. Frente a esta situación, vamos a describir brevemente un caso emblemático de un nuevo paradigma de visión. La investigación del pueblo achuar por parte del Salesiano Yankuam, padre Luis Bolla.

El padre Luis Bolla, después de unos años de su juventud trabajando como misionero entre los Shuar del Ecuador en la Amazonía, fue enviado a Roma para unos cursos de misionología. Entonces se decía del *aggiornamento* en la Universidad Gregoriana. Era en el período inmediatamente después del Concilio Vaticano II. Se empezaba a hablar mucho de encarnación, inserción, inculturación, *Semina Verbi*, presentes en todas las culturas, y había en el ambiente un gran deseo de instaurar nuevas prácticas y nuevas ideas. En septiembre del año 1971, el padre Yankuam pidió a los superiores, rector mayor, primeramente, al inspector y al obispo, que le permitieran ir a vivir entre los achuar, un subgrupo de la etnia jíbara, en una localidad llamada Vichimi en plena Amazonía ecuatoriana. Es interesante escuchar lo que pedía para ir a trabajar allá. En su petición escribía a los superiores que me permitan ir a vivir entre ellos al estilo indígena, sin pedir nada, sin perder mi identidad de religioso y de sacerdote. Segundo, en cuanto a terreno, no voy a pedir terreno para construir una misión. La tierra es de ellos y debo respetarla. Tercero, no voy a pedir ningún presupuesto ni a la inspección ni al vicariato. La providencia permitirá que no me falte lo necesario para vivir. Según dice el Evangelio, el obrero merece su sustento.

Si ustedes consideran esas peticiones que hace, son muy radicales. Prácticamente el padre Bolla se va en medio de los achuar con la única fuerza del Evangelio, nada más. El señor Obispo del Vicariato que en ese

tiempo era monseñor Félix Pintado en su sencillez le preguntó: oye, padre Lucho, ¿cuánto tiempo piensas quedarte en Vichimi? ¿Una semana? El padre sonrió y pensó: «Veremos». Pues su intención era quedarse en una forma definitiva por toda su vida. Y así lo fue desde el año 1971 hasta 2013, el año de su muerte.

12 años los pasó en el Ecuador y más de 30 en Perú, pero siempre entre los achuar, los cuales vivían tanto a un lado como al otro de la frontera, y los parientes entre ellos, entre familia, estaban de un lado y de otro. Una breve descripción de cómo era el ambiente donde se va. Vichimi, en ese tiempo, era una pequeña comunidad con pocas familias, alrededor del Joundt, el hombre fuerte, Núkuint, que había invitado al padre Yankuam a quedarse allí como hermano, no en el sentido cristiano, pues los achuar por primera vez sentían hablar de cristianismo, era en el sentido de parentesco, pues entre los achuar no existe otra relación que la relación de familiaridad entre personas que participan de lazos de la sangre o de la relación que viene a crearse a través de matrimonios. El lugar estaba situado a orillas de un río del mismo nombre, totalmente aislado en la selva, sin ninguna carretera, ni pista de aterrizaje para avionetas, ni contacto alguno con el mundo externo. De repente por el río subían algunos negociantes peruanos a vender telas, machetes o cosas parecidas, y las cambiaban con tortugas o pieles de sajino. A veces llegaban también familiares de los mismos achuar que vivían al otro lado.

¿Serán estos contactos los que impulsaron al padre a pasar al Perú en el vicariato de Yuri Maguas para atender a los achuar del otro lado de la frontera, que carecían de toda presencia misionera?

Vamos a reflexionar brevemente cuál fue la actitud del padre en medio de este pueblo. El padre se quedó entre ellos como un huésped, participando totalmente en la vida de ellos, machete en la mano para trabajar con ellos, trabajar los caminos de la selva, la chacra, los cultivos, construcción de las casas de chapi, que son hojas grandes para hacer los techos, comiendo lo que ellos comían, tomando la chicha de mandioca mascada por sus mujeres, durmiendo sobre sus esteras de dura pona, sin

ningún colchón, en una casita de paja que ellos le habían reservado. Una parte de la casita era dedicada a la capilla, en donde el padre celebraba la santa misa y mantenía permanentemente el santísimo.

La celebración de la misa era diaria. Las primeras horas de la mañana, antes de amanecer, participaban a veces algunos curiosos y al principio vino a acompañarlo José Arnalot, un joven seminarista salesiano, que quiso hacer una experiencia junto a él en un periodo de discernimiento. Su preocupación constante como misionero y evangelizador era conversar e involucrarse mucho con ellos para conocer cada vez más su cultura, su lengua, sus creencias, sus costumbres y profundizar cada vez más hasta descubrir la *Semina Verbi* en la cultura de estos hombres, guerreros dignos y altivos en su mundo. En el convivir diario no descuidaba nunca la oportunidad que a veces se presentaba para introducir la novedad del Evangelio, introducir los valores más centrales y anunciarle a Jesús, muerto y resucitado, ya presente entre ellos en ciertos aspectos y características de sus héroes culturales, de sus mitos y creencias.

Su preocupación era evangelizar desde adentro de la cultura y de la vida concreta. Con el tiempo alcanzó a obtener que algunos, pocos, pidieran el bautismo. Pero al final de su vida pudo presenciar el florecimiento de varias comunidades cristianas, sea en Ecuador como en Perú, ver ordenados como diáconos permanentes a seis achuar, mayores, respetados padres de familia, con numerosos hijos. Ellos siguen ahora trabajando, fortaleciendo las comunidades, administrando los sacramentos del bautismo y presenciando los matrimonios. Me quisiera con todo detener brevemente para analizar la condición del huésped.

El huésped no es dueño de la casa, no impone nada, porque esta casa no es suya, es ajena. Más bien la actitud es agradecer por haber sido aceptado para vivir en un territorio, en una casa que es del pueblo. Cuando las circunstancias lo permitían, proponía su buena nueva, y continuamente dialogaba de igual a igual para aprender más, con mucho respeto. Trata de conocer y practicar sus costumbres buenas, sanas, como por ejemplo la toma de la guayusa todos los días a una hora muy temprana, más o menos las tres

de la madrugada, momento en que alrededor del fogón se conversa de las cosas importantes, se corrigen a los hijos, a las hijas, se toman las decisiones más importantes, se organiza el día y se narran los mitos. Otro valor, el peso y el valor de la palabra directa y firme, que orienta y da, y de la cual uno se puede fiar. Tercero, la capacidad de vivir con una alegría espontánea y sincera, aun después de momentos duros, graves y tal vez dolorosos.

El padre Yankuam, se integró tanto de llegar a sentirse en familia entre ellos, participar de su talante y de sus bromas, compartir sus pruebas y vivencias, hasta sentirse fuera del lugar cuando, por algún motivo, rarísimas veces, tenía que ausentarse para ir a la ciudad para los retiros. Para él, muchas de las cosas achuar podrían ser de ejemplo para nuestro mundo occidental. Bastaría leer el libro “Lo que los achuar me han enseñado”, que es un diario del joven José Arnalot, compañero del padre Bolla, durante más de dos años. Y también para leer los diarios del padre Yankuam, que son 14 tomos por la editorial Abya-Yala de Quito. Ahí uno puede leer y convencerse de cómo actuaba y cómo vivía esta experiencia. A veces podemos pensar que estaba en esos lugares tan aislados, que estaba triste, que tal vez estaba como encerrado en sí mismo, todo lo contrario. Se sentía perfectamente integrado con ellos, lleno de optimismo y de alegría. Todos los que le han conocido le han conocido como un hombre lleno de felicidad. Una felicidad que nacía de adentro, desde este contacto con Dios, que le daba la fuerza para insertar en este pueblo, en el diario de este pueblo, poco a poco, los valores evangélicos.

El antropólogo Philippe Descola, que hizo su tesis doctoral sobre el pueblo achuar, “La selva oculta” en el año 1986, en su libro “Las lanzas del Crepúsculo”, donde cuenta de la vida y de las guerras de los achuar, dedica un capítulo entero a la figura del padre Bolla, lo llama Albo, subrayando y admirando mucho su capacidad de inculturación y dedicación casi mesiánica al pueblo achuar.

Pero como antropólogo, da un juicio muy crítico sobre la evangelización del padre Bolla y de los salesianos inculturadores, afirmando que, con toda su buena voluntad de valorizar la cultura, al cambiarla

desde dentro en sus valores básicos, la destruyen más gravemente que los misioneros evangélicos, que de una forma tajante la desconocen, la eliminan predicando solo el evangelio, pero de esta forma le permiten más libertad de mantener sus creencias sin modificarlas. El aquí presente padre Francisco Chimento en su trabajo para la maestría en antropología aplicada, afirma, eso lo afirma ya en el 2010, más tarde todavía, 2015, “la espiritualidad achuar en la contextualización del proceso de evangelización goza de muy buena salud, después de sesenta años de evangelización”. El padre trabajó 12 años con los achuar en Wasakentsa, entonces digo que lo que dice el antropólogo no es tan verdad. Esto nos plantea no solamente un muy distinto enfoque de apreciación entre un antropólogo reconocido y un misionero que estuvo 12 años con los achuar, sino que desde un punto de vista teórico nos hace reflexionar sobre el valor de la buena nueva, el evangelio para toda la comunidad humana. El evangelio, cuando es anunciado en toda su genuinidad, no destruye, sino que purifica toda cultura, sea la de los pueblos marginados originarios, como también las complejas culturas modernas actuales. La buena nueva es buena nueva para toda cultura. Las culturas están en función del bienestar de un pueblo que las vive y cuando un pueblo acepta el evangelio acepta corregir los aspectos negativos que hay también en su cultura.

Los achuar hasta el día de hoy agradecen la labor evangelizadora del padre Yankuam por haber cortado la cadena de guerras y matanzas entre ellos, insertando en su vida los valores evangélicos. Aman al misionero, han querido que sus restos mortales reposaran en su comunidad Cuyuntza en plena selva y no tienen actitudes agresivas contra el sistema de evangelización que valoró su idioma, sus costumbres, los adornos. El padre Luis se los ponía y se pintaba como ellos no por folclor si no con mucho respeto para valorarlos y reconocer su dignidad y dio impulso para que se sintieran orgullosos de ser shuar, de ser achuar.

En la provincia Morona Santiago el actual prefecto que es la autoridad principal de toda la provincia es un achuar y anda con sus plumas, con su pintura frente a todo el pueblo donde la comunidad de esa provincia

no son todos achuar, achuar son apenas una minoría, pero fue electo y no tiene vergüenza, se siente orgulloso de ser achuar.

Eso es lo que el padre siempre ha buscado, que no se avergonzaran de ser lo que son y que descubrieran en su cultura, en sus tradiciones que había mucha humanidad digna que es prácticamente florecer la vida de un pueblo. Los achuaras van tranquilamente en las ciudades con su corona puesta, con su cara pintada y no se avergüenzan para nada.

¿De dónde aprendieron este valor? El padre que estuvo en medio de ellos, del mismo yo en sus trajes, esos adornos, esas plumas. Una breve conclusión respecto a lo que siguió después de esta experiencia del padre Yankuam. Digamos algunas cosas respecto a la misión de Wasakentsa, que es una misión salesiana que se instauró en el pueblo achuar. En cierto sentido, es un poco la continuación de la labor del padre Bolla. En el año 1988, centenario de la muerte de Don Bosco, los mismos achuar pidieron al Obispo, Monseñor Arroyo que abriera una misión. Es decir, al Obispo nos mandó solamente un misionero que da vuelta por nuestras comunidades, pero no tenemos una misión como institución, como, diríamos, centro de servicios educativos que quería que fuera presente en su territorio. El Obispo accedió, y en el mes de noviembre de 1988 se inició su presencia tratando de mantener en lo posible el paradigma de huésped. Vemos algunas características. El lugar donde estaba la misión lo escogieron los mismos achuar. Después de muchas deliberaciones, ellos trabajaron, prepararon, se organizaron con su presidente. Hicieron la pica de linderación, las primeras chacras, la pista de aterrizaje para las avionetas, acarreo de las piezas de madera, etcétera, a fin de poder albergar ahí a sus hijos como estudiantes que provienen de pequeñas comunidades muy dispersas en la selva. Los achuar no viven en pueblos, viven muy dispersos a lo largo de los ríos, algunos están a un día, otros dos días, algunos hasta tres días de distancia. Entonces para poder continuar sus estudios, tenían que concentrarse en algún lugar, concretamente en forma de residencia o internado. Se trató de mantener esa actitud de huésped con las siguientes

características, a más que el terreno fue escogido por ellos, ellos mantienen la propiedad con título legalmente reconocido.

La misión no tiene nada. Todo lo que está ahí, el terreno y las construcciones, por supuesto, que se hacen en terreno achuar, son de ellos. Por eso, donde surge la misión denominada Centro de Promoción de Cultura Achuar, es propiedad de la organización NAE, que quiere decir Nacionalidad Achuar del Ecuador, reconocida por el Estado; en consecuencia, también todas las construcciones que se hacen son propiedad de ellos. Otra característica que se ha convenido con ellos, *Jimiarto Cartacagi*, “trabajamos juntos”. Es decir, achuar y salesianos apoyándonos mutuamente para el bien del alumnado.

Por ejemplo, el Código de Convivencia del Colegio es redactado en común con los padres de familia. Los alumnos se aceptan de acuerdo con las autoridades achuar. Cada alumno debe traer un documento de aval o aprobación del síndico de la comunidad. El rector del colegio es un achuar. La forma de sanciones y correcciones, por los casos que lo requieren, está tomada de acuerdo con la forma de proceder achuar, que no siempre son castigos físicos, sino muchas veces son castigos con un cierto matiz, diríamos así, muy cultural. Pongamos un joven que por su conducta necesita ser corregido. Primero hay el *chichárcamo*. *Chichárcamo* es llamarle, delante de un mayor, el cual le aconseja, le habla. Y después le dan el *sangk*. *Sangk* es una bebida que se obtiene mascando el tabaco todavía verde, crudo. Se forma un líquido muy denso, muy fuerte. Después ellos se van solitos en el monte, tienen que hacer una pequeña choza y absorben ese tabaco por la nariz y entran en transe para que aprendan en la soledad de la montaña a encontrarse con el *Arútam*, que es el espíritu protector, que les revelará lo que tienen que hacer en su vida y muchas veces esta corrección es mucho más eficaz que los correazos que a veces se acostumbran en nuestras comunidades.

Si hay iniciativas nuevas, se coordinan con las autoridades achuar. Desde hace varios años y más se da educación secundaria. Y después se han abierto carreras de licenciatura profesional, personas que sean allá

dicen licenciados, es decir, con cuatro años de universidad, como profesores bilingües. La universidad que apoya, como hemos dicho, que tiene esos programas es la Universidad Politécnica Salesiana. Es un seguimiento de los cursos a distancia, pero vienen cada mes dos o tres profesores desde Quito y dan la apertura de cada uno de los créditos. Después, los jóvenes, que generalmente son personas ya casadas con hijos, regresan a sus casas y desarrollan los módulos que les entregan, y después hay momentos en los que tienen que presentar los exámenes.

Aun con todo este esfuerzo de tratar de ser huéspedes en ese territorio, hay que reconocer que, al haber entregado la estructura de la misión en mano a los salesianos, eso conlleva consigo el riesgo de convertir el misionero en el señor y si no está muy atento, puede insensiblemente volverse en el patrón, muy lejos de la forma original instaurada por el padre Yankuam.

Validez del paradigma huésped

Creo que no solo para los pueblos marginales indígenas hay que considerarlo como válido. La iglesia ya no es a nivel social y creo que ya no debe serlo la institución fuerte y dueña del tiempo de las teocracias y del Cesaropapismo. Cuando los papas coronaban a los reyes emperadores y a través del sistema de patronato encomendaban a los reyes de España y de Portugal la evangelización de los territorios y pueblos conquistados para el reino de Cristo.

Ella es y cree que debe ser cada vez más un simple fermento dentro de una sociedad muy secularizada y pluralista. Ya no existe la cristiandad. La iglesia, como Jesús de Nazaret, es huésped en un mundo que a veces la combate, obstaculiza o ignora, pero también como Jesús debe estar para servir, no para ser servida, y el misionero es el humilde servidor de la viña del Señor, como se definió asimismo el papa Benedicto XVI. El misionero no puede ser tampoco el burócrata que llena los registros parroquiales de acta de bautismo y matrimonio, sino el anunciador y testigo del núcleo

esencial del Evangelio, del centro de todo el mensaje. Dios amó tanto al mundo que mandó a su Hijo para salvarlo. Y el Hijo dio signo de su gran amor, muriendo en la cruz y resucitando por nosotros.

Si esta es la finalidad de la misión, la misión nunca podrá morir, el mundo actual la necesita más que nunca en todos sus ambientes, en los pueblos marginales, en las grandes concentraciones de las ciudades, en los lugares donde no llegó todavía el Evangelio, en las barriadas pobres, en las universidades, en el mundo de la política y de la economía, en las relaciones internacionales, se puede ser y se debe ser misionero en cualquiera de los ambientes donde las palabras del Evangelio pueden aportar vida en una sociedad llena de muerte. No hace falta imponer ni lamentar, sino seguir proponiendo y testimoniando como lo han hecho y lo siguen haciendo los misioneros auténticos que entregan generosamente su vida en los más variados ambientes de este mundo.